

CUADRO IV

Se ilumina el espacio izquierdo. La casa parroquial. Don Tarsilio a la expectativa porque se oyen pasos. Entra Albano, levemente agitado.

ALBANO Usted me dirá a qué se debe tanta urgencia.

D. TARSILIO En otro tiempo, don Albano, le gustaba visitarme. Una vez estuvimos conversando sobre los clásicos de Roma, ¿lo recuerda? Aquella noche supe que usted también había pasado por el seminario. (*Caviloso*) ¿Qué le impediría terminar? Eso no me lo dijo.

ALBANO Como becario, yo servía la mesa a los hijos de las familias dilectas, a los ricos. Un día me cansé de que me llamaran «ebionim». (*Pausa breve*) ¡Ebionim! ¡Ebionim!

D. TARSILIO Que significa «pobre» en arameo.

ALBANO En sus bromas llegaron hasta escupirme huesos de aceitunas.

- D. TARSILIO ¡Es usted un fracasado, don Albano!
- ALBANO Con los niños yo me siento feliz.
- D. TARSILIO Porque los maneja a su antojo.
- ALBANO Porque tengo el convencimiento de que a partir de ellos se cambiaría el mundo. En cierta ocasión ya le dije...
- D. TARSILIO (*Le detiene con un gesto*)
- ¡Por favor! No le he llamado para esto, don Albano. Son otras las cuestiones que deben ocuparnos.
- (*Respira fatigado*)
- (*Hay una pausa tensa. Don Tarsilio mira ambiguamente a don Albano. Da la impresión de que no sabe de qué forma entrará en materia.*)
- El otro día, una pequeña de su clase se cayó en el arroyo.
- ALBANO Se escurrió al pisar unas piedras.
- D. TARSILIO Y fue necesario desnudarla para secarle la ropa.
- ALBANO Hicimos una hoguera.
- D. TARSILIO Pero usted, en lugar de cobijarle su natural pudor, no tuvo otra ocurrencia que pedirles a todos que hicieran como ella.
- ALBANO Quise evitar que se sintiera sola. Además, ¿qué razón hay para temerle al cuerpo?
- D. TARSILIO ¿Es usted adamita? ¿Por qué cree que Dios dispuso el uso de la ropa?
- (*Hay una pausa tensa*)

Don Albano.

(Respira excitado)

Yo quiero demostrarle mi amistad, porque nuestra amistad es verdadera, ¡existe! Y todo esto en contra de ese, aparente, enfrentamiento nuestro.

(Pausa breve)

¿Por qué se sonríe?

ALBANO En absoluto, don Tarsilio. Necesito su afecto.

D. TARSILIO ¡Sí que lo necesita! Y por ello me siento obligado a defenderle.

ALBANO *(Alarmado)*

No lo entiendo del todo, don Tarsilio.

(Hay un silencio prolongado que don Tarsilio rompe con enérgica suavidad)

D. TARSILIO Tómese unos días para poner en orden sus asuntos. No demasiados. Y después, márchese del pueblo lo más pronto posible.

ALBANO *(Asombrado)*

¿Que deje yo mi escuela? ¿Que me aparte de mis alumnos?

D. TARSILIO *(Confidencial, casi cómplice.)*

Tenemos que adelantarnos, ¿no comprende? Hay que evitar que estalle la tormenta que se acumula sobre usted. *(Respira excitado)* Por supuesto que a mí nunca se me ocurriría..., ¿cómo podría yo hacerlo?, denunciarle ante el juez. Pero me consta que otros lo harán si no logramos evitarlo.

ALBANO No puedo comprenderlo. ¿Es que no tiene otra forma de ayudarme?

D. TARSILIO Créame que no la tengo. Mi única ayuda consiste en prevenirle. Ahora comprenderá mi urgencia por hablarle.

ALBANO Pero yo no sé que haya nada en mi contra.

(No puede continuar)

D. TARSILIO No se espere a comprobarlo. Sería un desastre para usted.

(Lo contempla con pesadumbre) Su ocurrencia para mí es reprensible. Pero no ha quedado en eso desgraciadamente. Con ella usted ha dado pie a que corran voces sobre cosas peores. ¡Muchísimo peores! ¿Me entiende lo que quiero decir? *(Bajando la voz)* Esa es la tormenta a la que me estaba refiriendo.

(Pausa. Albano está demudado.)

El señor duque tiene en su poder, ¡averigüe usted cómo ha llegado a sus manos!, un trabajito escolar que usted hizo con sus alumnos. Los planos del reparto de sus tierras. ¡Bonito juego para niños! A esto lo llamaban ustedes, graciosamente, la reforma agraria. ¿No es así?

(Albano asiente con un gesto)

Y los niños dicen por todas partes, que, cuando usted sea el alcalde, piensa rescatar las tierras comunales de manos de sus detentadores. ¡Otra ocurrencia de las suyas! *(Respira hondamente excitado)* ¿Y qué me dice de aquel tan bello mapa

de ríos sublevados? ¿Y de la parábola del reloj que avanza y retrocede señalando las horas a capricho? Horas siempre marcadas para la dicha humana. (*Le contempla inquisitivo*) En el fondo de todo esto, usted lo que rechaza es el orden natural del mundo.

(*Pausa breve*)

Reconozca que ha ido demasiado lejos en sus juegos. Ya se lo advertí aquella noche de Reyes, ¿lo recuerda? Le bastó con una sola botella para dejarnos ver lo que su mente ocultaba. Y, aunque anduvo solo, pronunciando discursos, hubo quien le escuchaba atentamente detrás de las ventanas.

(*Pausa*)

Me consta que usted es un héroe para sus alumnos. Satisface las exigencias de esa edad en la que todos hemos necesitado que alimenten nuestros sueños. ¿Y quién mejor que un pedagogo subversivo?

(*Lo contempla hundido*)

Pero no sienta marcharse, Albano. No espere usted a que crezcan. Ningún héroe resiste mucho tiempo si lo tenemos al lado.

ALBANO

Supongo que no creará en la justicia.

D. TARSILIO

¿Y por qué no? ¿Porque usted cometa errores voy a convertirme en un escéptico? (*Irritado*) Por otra parte, siempre está machacando con los niños de lo que podría hacerse aquí, de lo que podría ha-

cerse allá. De la industria, de los cultivos... ¿No es así? ¡Pues bien!, ya que parece un hombre de empresa..., ¡séalo de una vez! Y entonces sí que sus alumnos tendrían fundamento para esa admiración ilimitada que le tienen.

(Bajando la voz)

Además, ahora se me ocurre que esta sería la mejor explicación que pueda darles cuando les diga que se marcha. Usted tiene el proyecto de una gran empresa en la ciudad. ¡Tiene necesariamente que irse para realizar su proyecto!, ¿eh? ¿Me comprende?

ALBANO Me aconseja que mienta.

D. TARSILIO ¡Haga que todo eso sea verdad! Usted parece emprendedor. Al menos, por todo lo que habla. Y habla mucho.

ALBANO Con esa explicación no evitaré que lloren.

D. TARSILIO Esas lágrimas le acompañaran como luces. Le iluminaran su camino solitario para que obre con rectitud.

(Hay una pausa. Don Tarsilio se levanta y alcanza una botella de un repostero, toma dos vasos pequeños y los llena.)

Yo nunca bebo a estas horas. Pero esta noche necesitamos un vasito de este licor espirituoso.

(Se lo alarga. Pausa. Muy levemente le dice)

Créame usted que soy su amigo. Con las naturales reservas, claro.

(Quedan pensativos)

Y disculpe que me inmiscuya en su vida privada, pero ¿a qué espera usted, Albano? ¿Cuándo va a decidirse a crear un hogar? *(Pausa breve)* La soledad nos hace débiles, vulnerables. Ya se lo dije aquella noche de Reyes.

(Hay un silencio. Se oye el chirriar de una puerta que el viento la hace golpear.)

OSCURO